

Cartografía de revistas culturales en los años previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976

Evangelina Margiolakis¹

Nos proponemos trazar un mapa de publicaciones culturales que se encontraron presentes en los años previos al golpe militar de 1976 y como producto del mismo, finalizaron abruptamente sus proyectos editoriales, como fue el caso de las revistas *Crisis* y *Los Libros*. Asimismo, describimos una serie de polémicas que se suscitaron en revistas dedicadas a la comunicación, la cultura y el análisis del discurso que demuestran la importancia asignada al análisis ideológico como rasgo presente en la crítica cultural de aquellos años. Abordamos tópicos, temas y vínculos de diálogo y discusión entre diferentes publicaciones, retomando la polémica suscitada entre las revistas *Lenguajes* y *Comunicación y Cultura*.

¹ Evangelina Margiolakis es Jefa de Trabajos Prácticos en las materias Teoría de los Medios y la Cultura (Facultad de Filosofía y Letras) y Didáctica de la Comunicación (Facultad de Ciencias Sociales) de la Universidad de Buenos Aires. Fue becaria UBACyT y su tesis doctoral se titula “La conformación de una trama de revistas culturales *subterráneas* durante la última dictadura cívico-militar argentina y sus transformaciones en postdictadura”.

Cartografía de revistas culturales en los años previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976

Introducción al período: la crítica cultural en estado de efervescencia

Varias publicaciones culturales permiten reponer una serie de discusiones en el campo simbólico de los años previos al último golpe cívico-militar acontecido en Argentina el 24 de marzo de 1976. Estas experiencias configuran, por un lado, un clima de época en el que los proyectos editoriales implicaron una forma de intervenir políticamente en la escena cultural y por el otro, la forma en que dichas iniciativas se vieron obturadas como consecuencia de la política represiva del régimen militar. Intentamos esbozar algunos debates previos así como reconstruir sus trayectorias.

Por un lado, las experiencias de *Los Libros* y *Crisis* posibilitan reconstruir un período en el que tales artefactos culturales constituyeron fenómenos de recepción masiva. Asimismo, nos detuvimos en dos publicaciones más específicas, tales como *Lenguajes* y *Comunicación y Cultura* ya que las mismas -junto a las dos primeras- conforman un universo de publicaciones que incorporó problemáticas que aportaron a la consolidación del campo de la comunicación y los medios. La crítica cultural de esos años incluyó entonces análisis de medios masivos, en particular la televisión, desde una mirada que intentó demostrar, por un lado, la existencia de una cultura dependiente de los países centrales y por el otro, la intencionalidad de aquellos mensajes de los medios masivos que se presentaban como “neutros”, a partir de los cuales una serie de operaciones permitían inferir que se trataba de la difusión del interés privativo -de un grupo o clase social- que intentaba presentarse como universal, común y ordinario. De esta manera, la crítica cultural, adoptó como una de sus modalidades preponderantes y novedosas, la crítica ideológica de los medios masivos de comunicación.

Revistas culturales con un público lector masivo

En 1968, comenzó a publicarse la revista *Los Libros*², dirigida por Héctor Schmucler. Desde su número 2, su consejo de redacción y dirección incluyó a Ricardo Piglia y Carlos Altamirano. Luego el consejo se amplió y se sumaron Miriam Chorne, Germán García y Beatriz Sarlo. Con la ampliación de su staff, su temática se proyectó hacia retomar distintas zonas de la cultura desde una perspectiva vinculada con la idea de revolución cultural, acuñada por el maoísmo. La publicación presentó secciones sobre literatura argentina y latinoamericana, antropología, ensayos, lingüística y sociología. En este sentido, rescató los planteos de Marcuse, Sartre, Marx y Mao Tse Tung. El proyecto contó con la colaboración de la librería y editorial Galerna de Guillermo Schavelzon, la cual también publicó la revista *Comunicación y Cultura* en Buenos Aires, lo que muestra la articulación de proyectos editoriales y revistas culturales en esos años.

A partir del número 21, *Los Libros* comenzó a autofinanciarse. Así, dejó de ser una revista dedicada a la crítica bibliográfica y adoptó -a partir del número siguiente- el subtítulo: “para una

² Revista *Los Libros*. N°. 1: junio de 1969, n°. 4: enero/febrero de 1976 (último número).

crítica política de la cultura”. Dicha cita significó leer, en forma crítica y desde una mirada política, diferentes textos históricos y sociales.

La revista experimentó entonces diversas etapas y desplazamientos. La primera fue una etapa de modernización en la que se retomaron nuevas perspectivas como la lingüística y el psicoanálisis, ubicándose así como una publicación de divulgación de innovaciones dentro del campo intelectual. Luego, hacia fines de la década, *Los Libros* vivió un proceso de radicalización, concomitante con el momento histórico. Se produjeron en este sentido, artículos sobre Bolivia, Chile y el Cordobazo. En esta etapa, un artículo sobre el Gran Acuerdo Nacional escrito por Altamirano desató una serie de discusiones que derivaron en la expulsión de Schmucler -más vinculado al peronismo- por parte del resto de sus editores. En su tercera etapa, la revista planteó explícitamente la resolución de los problemas a partir de la “lucha de clases”. Se experimentó así un proceso de radicalización política de la publicación, dada por las discusiones que se llevaron así como por la presencia de miembros del maoísmo: por un lado, el Partido Comunista Revolucionario -Sarlo y Altamirano- y por el otro, Vanguardia Comunista -Piglia-. Análisis posteriores denominaron a esta etapa de “partidización” (Vinelli y Somoza, 2011). Un tiempo después y en esta tercera etapa, el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y Vanguardia Comunista (VC) dejaron de ser aliados -el PCR optaba por un frente nacional con el peronismo y Vanguardia Comunista se volcaba hacia una alianza con otros sectores de la izquierda-. Fue en ese momento que Piglia decidió abandonar el proyecto de la revista. La salida de Ricardo Piglia respondió a caracterizaciones diferentes respecto del gobierno de Isabel Perón. Por un lado, la posición de Piglia -próximo a VC-, sostenía la imposibilidad de defender al gobierno de Isabel Perón contra el golpe, debido a la responsabilidad de ese propio gobierno de haber generado una situación política que activaba el golpismo. Por su parte, Altamirano y Sarlo -cercaos al PCR- enfatizaban y advertían sobre la existencia de un comportamiento conspirativo por parte de civiles y militares y por esa razón, planteaban que tomar posición contra cualquier posibilidad de golpe y defender, en algún sentido aunque no sin contradicciones, el gobierno de Isabel Perón (Somoza y Vinelli, 2011; entrevista a Jorge Brega, 2016).

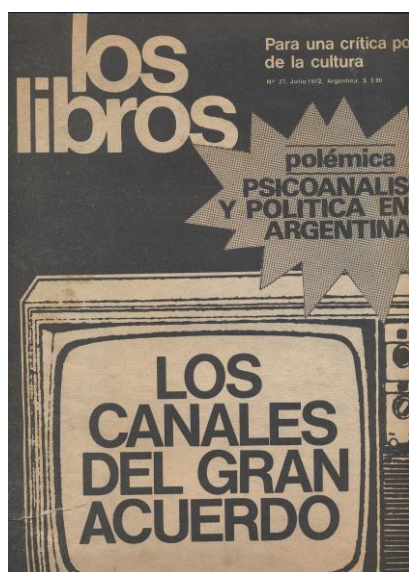
Retrospectivamente, Beatriz Sarlo (1996:13) caracterizaba las diferentes etapas en *Los Libros* y explicaba el momento de ruptura con Ricardo Piglia: “En ese momento se va Piglia y nosotros continuamos la revista creo que seis números más hasta que la cierra la dictadura militar. O sea que *Los Libros* tiene esas tres etapas: la de revista de modernización, la de revista politizada y la de revista claramente de partido o de partidos” (Sarlo, 1996:14).

A partir de ese momento, con un comité de dirección a cargo de Altamirano y Sarlo, la revista exhibió un nuevo subtítulo: “una política en la cultura”, lo que dejaba a las claras su proceso de radicalización. *Los Libros* se publicó hasta el número 44. El número siguiente nunca pudo salir editado como producto del golpe y su política represiva, que en el caso de *Los Libros* significó el allanamiento de su oficina y la confiscación de sus bienes. En el último número editado se sumó Osvaldo Bonano a la dirección.

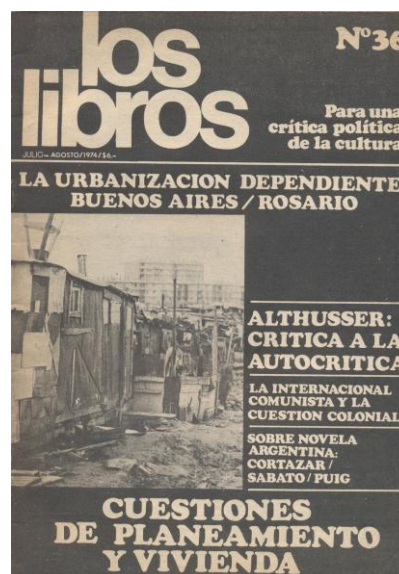
Particularmente, *Los Libros* revela una etapa en la que cobró gran importancia el análisis ideológico. Como producto de ciertas apropiaciones en el campo de la comunicación y la cultura, la revista recuperó, entre otras herramientas conceptuales, los aportes de la semiología estructural. El análisis semántico permitió develar las operaciones ideológicas de los medios masivos de comunicación, representantes del poder dominante. Retomando esta perspectiva, Beatriz Sarlo publicó en *Los Libros* dos artículos: “Los canales del GAN. Diez días de televisión” en 1972 y “Elecciones: cuando la TV es el escenario” en 1973. Desde su análisis, cercano a la propuesta de Roland Barthes, la autora propuso analizar el proceso de “mistificación” de los

fenómenos sociales, que transformaba a la cultura pequeño burguesa en universal. Para ello, explicó la forma en que los discursos eran funcionales a los intereses de clase, explicando las operaciones discursivas, entre ellas, la reiteración actancial -redundancia de los sujetos y objetos- y la reiteración funcional -discursos narrativos idénticos u homólogos., entre otras operaciones. De esta forma, las herramientas de la semiología –o “semántica estructural”- permitieron analizar metáforas y empirismos así como lógicas binarias en la estructura del mensaje. Esto quedaba explicado en *Los Libros*: “La atracción cómplice mediante la cual la pantalla somete a su audiencia, y el prestigio de los sujetos trasmisores, configuran un cuadro importante en cuanto a la incidencia ideológica del mensaje, sobre todo en lo que se refiere a la confirmación de un sistema de normas y pautas estrechamente relacionado con la práctica política, o su versión mítica de la misma, de la pequeña y mediana burguesía” (Sarlo, 1972: 6).

Se intentó así “develar” las operaciones ideológicas de los medios masivos de comunicación, representantes del poder dominante. Dicho análisis estuvo centrado en la crítica ideológica de los medios de comunicación y continuó presente en los años siguientes. Recién se produjo una ruptura en esta modalidad de abordaje de los textos y objetos culturales a partir de los procesos postdictatoriales en América Latina³, cuando comenzaron a problematizarse cuestiones ligadas con la recepción, dejando de lado el énfasis en los procesos ideológicos.



Revista *Los Libros* n.º. 27. Julio 1972



Revista *Los Libros* n.º. 36. Julio/Agosto 1974

En mayo de 1973 se editaba por primera vez *Crisis*⁴, dirigida por Eduardo Galeano⁵ y editada por Federico Vogelius. La revista llegó a vender treinta mil ejemplares y publicó cuarenta números hasta su cierre en agosto de 1976. La publicación logró autofinanciarse. Aníbal Ford, uno de sus integrantes, narra años después que Vogelius había vendido un cuadro de Chagall y con ese dinero habían logrado comenzar de manera óptima en el aspecto económico. Ya a partir

³ Si bien la problematización sobre las operaciones ideológicas del emisor estuvo muy presente en este período, publicaciones como *Comunicación y Cultura*, permiten vislumbrar la preocupación por el papel del receptor y por su parte, la revista *Crisis* otorgaba relevancia al rol de la cultura popular.

⁴ Revista *Crisis*. N.º. 1; mayo de 1973, n.º. 40: agosto de 1976 (último número).

⁵ Integraron el staff de *Crisis* Juan Gelman, Julia Constenla, Haroldo Conti, Vicente Zito Lema y Héctor Tizón, entre otros.

del número 1, se vieron en la exigencia de editar diez mil números más. Por supuesto tuvo algunos tropiezos –el plan económico del rodrigazo, las amenazas, el miedo de “llevarla encima” por parte de sus lectores- pero logró autofinanciarse y ser leída por un público masivo que trascendió la pequeña escala de lectores (Ford, 1997).

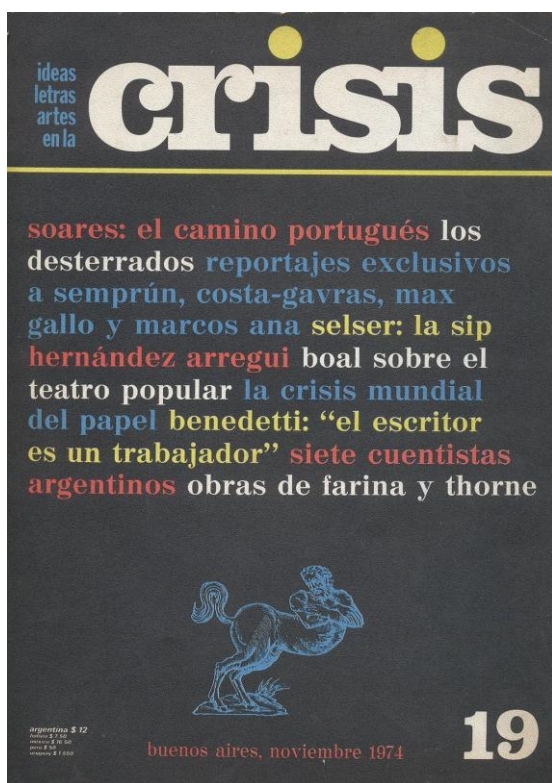
Entre sus propósitos, *Crisis* planteó recuperar las voces silenciadas de la cultura popular, los sectores subalternos, los trabajadores y los “olvidados de la historia”. Para ello, recurrió al género de la entrevista y a la toma directa de esas voces. Asimismo, la revista se propuso la revisión de la historia argentina así como el rescate y jerarquización de géneros que hasta el momento habían sido considerados menores, tales como el teatro criollo o la novela policial. Así, la publicación combinó diversos elementos conformando una política cultural basada en ciertas perspectivas en tensión: “*Crisis* plantea con nitidez su programa: por un lado, la discusión historiográfica; por otro, una redefinición de las jerarquías simbólicas en la concepción de la cultura que pretende integrar el romancero popular, las telenovelas o el “teatro del oprimido”, con la narrativa el cine o el teatro “cultos”. Entre el viejo y el nuevo orden, la revista inscribe la conciencia de los años setenta: la del intelectual comprometido al intelectual revolucionario” (Sondereguer, 2011: 25). Se trató de un programa que incorporó aspectos de lo nacional y lo popular desde ciertas discusiones surgidas desde el peronismo y también trascendiéndolo. Ford interpretaba la experiencia, unos años después, de la siguiente manera: “La idea de recuperar en la revista géneros y visiones diferentes de la cultura popular, hablar de la producción en calidad de trabajadores de la cultura, también de las creencias y culturas de la tecnología y del trabajo de las clases populares viene en parte de lo que habíamos estado investigando con Jorge Rivera y Eduardo Romano⁶. Por otra parte, el dar voz a los demás, el ‘genero de ‘historia de vida’ ya estaba presente en el suplemento que dirigía Juan Gelman en *La Opinión*. La impronta del antropólogo Oscar Lewis se cruzó con Rodolfo Walsh, que fue uno de los primeros en usar el grabador y hacer reportajes muy interesantes. La entrevista, la historia de vida, la narración de hechos reales fue una marca de época muy importante, tal es así que el Proceso la prohibió, no permitió registrar la opinión de gente ‘no idónea’. Pero *Crisis* resumía muchas experiencias...” (Ford, 1997: 19).

La publicación entonces planteó la necesidad de construir una mirada desde América Latina, reflexiones sobre los géneros populares y determinadas disciplinas artísticas así como elementos del análisis ideológico y de estructura de propiedad de los medios masivos, en especial, los medios audiovisuales. En 1976, la desaparición de Haroldo Conti y el secuestro de su editor Federico Vogelius provocaron su cierre. Como señalamos, tanto *Los Libros* como *Crisis* permiten analizar un desplazamiento en la crítica cultural que se focalizó –durante la década de 1970- en un proceso de radicalización de esa crítica y particularmente, en el terreno del análisis de los medios, se centró en la crítica ideológica. Lo demuestran tanto el intento de análisis desde la semántica estructural para dar cuenta de operaciones “ocultas” en los textos, así como el análisis de la estructura de propiedad de los medios. A modo de ejemplo, una nota de Heriberto Muraro bajo el título “La manija: quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina” (*Crisis*, 1973), analizaba la estructura de propiedad de los medios con el fin de dar cuenta de la dependencia económica y cultural de los sistemas de medios audiovisuales latinoamericanos.

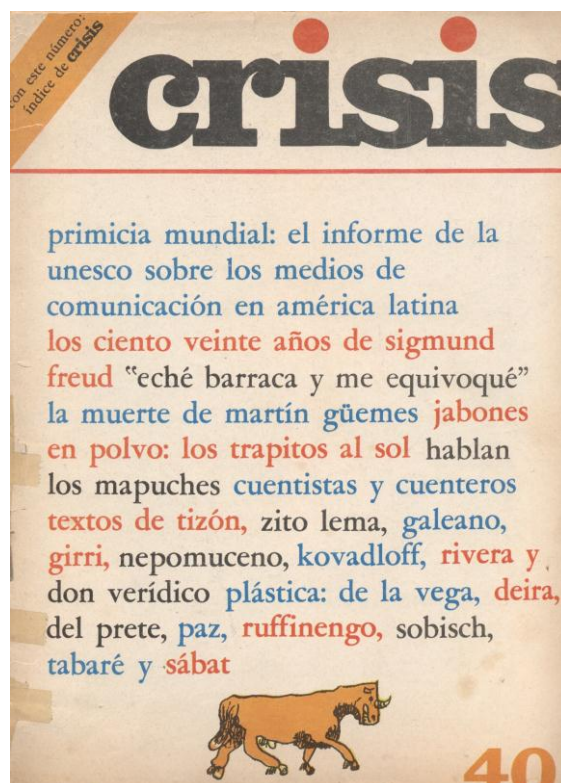
⁶ Aníbal Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano propiciaron una serie de estudios centrados en producciones culturales que articularon la cultura popular y masiva, abordando fenómenos tales como el tango, la historieta y otros géneros considerados “menores” hasta ese momento pero que, para los autores, merecían ser considerados como significativos en la vida cultural.

En síntesis, en la década de 1970 la crítica ideológica se centró en analizar particularmente la televisión, la radio y la prensa para observar en ellas su estructura de propiedad -en la que los empresarios nacionales se asociaban con el capital extranjero-, la estructura transnacional de la información, el imperialismo cultural presente en la programación enlatada⁷ y las formas en que lo ideológico se materializaba en los mensajes de los medios. Se trató entonces de denunciar tanto la presencia de intereses transnacionales que se traducían en una dependencia económica y cultural, así como la existencia de operaciones ideológicas mediante las cuales un interés particular se imponía como universal y llegaba a formar parte del “sentido común”. De esta forma, la crítica cultural revelaba un desplazamiento hacia lo que hemos denominado la “politización de la crítica”.

A partir de la última dictadura cívico-militar argentina, revistas como *Los Libros* y *Crisis* permiten vislumbrar la política de persecución que esgrimió el último régimen militar, que llevó al cierre de estas publicaciones. Sin embargo, sus tradiciones no fueron silenciadas sino que se perpetuaron y reverberaron durante la dictadura en publicaciones culturales que recibieron la denominación de *subterráneas*, las que, si bien adoptaron otro modo de circulación y distribución, tuvieron un rol relevante en la vida cultural.



Revista *Crisis* n.º 19. Noviembre 1974



Revista *Crisis* n.º 40. Agosto 1976

Lenguajes Comunicación y Cultura: polémicas en torno al pasaje de la crítica cultural a la crítica ideológica

⁷ El término “enlatado” refiere a la compra de programas que se adquirían en el extranjero, mayoritariamente series, y se exhibían en la pantalla nacional.

Publicaciones como *Comunicación y Cultura*⁸, por un lado, y *Lenguajes*⁹, por el otro, funcionaron como casos relevantes para observar la irrupción y consolidación del campo comunicacional, la importancia asignada a la crítica cultural de medios masivos, un modo particular de abordar la temática del conocimiento y la problematización sobre los procesos de liberación latinoamericanos en los momentos previos a los golpes militares en el Cono Sur. A su vez, dan cuenta del proceso de conformación en América Latina de un incipiente campo como fue el de la comunicación.

La polémica suscitada entre ambas publicaciones giró alrededor del rol del intelectual así como del vínculo entre teoría y práctica, entre otros elementos. A su vez, posibilita observar desplazamientos que se comienzan a producir hacia fines de la década de 1960, los que revelan un proceso que va desde lo que hemos denominado modernización de la crítica cultural, hacia un momento de radicalización de esa crítica cultural y su pasaje a la crítica ideológica de los mensajes provenientes de la industria cultural. De esta manera, comenzaron a esgrimirse miradas centradas en la idea de manipulación y la forma en que esos medios comerciales y representantes de grupos dominantes inoculaban¹⁰ sus propios intereses de clase.

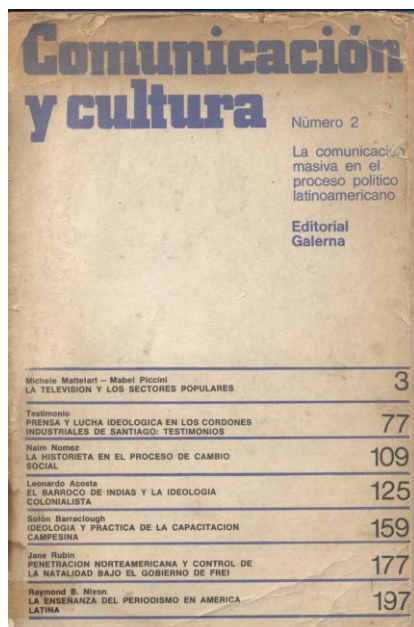
Comunicación y Cultura surgió en 1973 en Santiago de Chile. A raíz del golpe perpetrado por Augusto Pinochet, la revista fue editada por Galerna en Buenos Aires a partir de 1974 hasta el golpe militar argentino de marzo de 1976, momento en el que comenzó a publicarse en México. Dirigida por Hugo Assmann, Armand Mattelart y Héctor Schmucler, la publicación se propuso acompañar los procesos de liberación que se estaban gestando en América Latina, proponiendo la construcción de un nuevo orden informativo. De acuerdo a lo expresado en la revista, sus destinatarios eran los trabajadores de la comunicación que “hacen de su práctica una práctica política al servicio de las luchas revolucionarias” (*Comunicación y Cultura*, 1973: 3). Si bien el análisis de la estructura de propiedad y las “operaciones” ideológicas del emisor estuvo muy presente en este período y en varias revistas como las que hemos mencionado, publicaciones como *Comunicación y Cultura*, dejan vislumbrar la preocupación por el papel del receptor y en particular, el interés por fortalecer experiencias de participación popular en los medios de comunicación como punto de partida para elaborar nuevas formas de cultura. Su función, proponía su primer editorial, consistía en ser un órgano de expresión de experiencias latinoamericanas en el campo de la comunicación masiva. “Evidentemente no se trata de asumir cualquier experiencia sino las que favorecen los procesos de liberación de nuestras sociedades dependientes.” (*Comunicación y Cultura*, 07/73: 3). De esta manera, se planteó como una alternativa a la comunicación y cultura dominantes y se concibió como un nuevo campo de enfrentamiento con el imperialismo en el marco de una lucha ideológica: “A partir de esta lucha, no exenta de contradicciones, deben emerger los gérmenes de una nueva teoría y una nueva

⁸ Revista *Comunicación y Cultura*. N.º. 1: julio 1973, n.º. 12: 1984 (último número). A partir del n.º. 2, se editó en Buenos Aires. A partir del n.º 5, y como producto del golpe cívico-militar argentino, se editó en la ciudad de México.

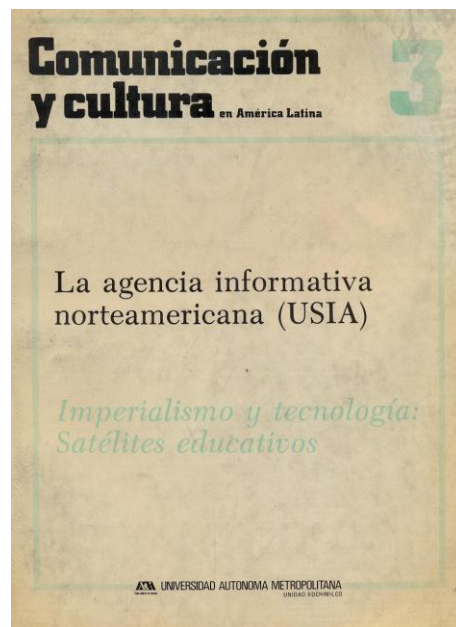
⁹ Revista *Lenguajes*. N.º. 1: abril de 1974, n.º. 4: mayo de 1980 (último número).

¹⁰ La idea de inoculación proviene de la Teoría de la Aguja Hipodérmica, perteneciente a la perspectiva denominada Mass Communication Research, surgida en Estados Unidos y de corte funcionalista positivista. Si bien las discusiones en América Latina polemizaron con esta concepción, la idea de *manipulación* retoma algunos de los planteos de esta teoría. A modo de ejemplo, por esos años, Heriberto Muraro, escribía un capítulo —“Contradicciones del concepto de manipulación”, dedicado a revisar críticamente el concepto de “manipulación”, destacando la posibilidad de romper con la idea de pasividad del receptor. Este capítulo se encuentra en su libro *Neocapitalismo y Comunicación de Masas*.

práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad del hombre. En consecuencia, resultaría arbitrario apartar de nuestro radio de interés, las demás zonas de la actividad humana donde actúa la ideología dominante” (*Comunicación y Cultura*, 1973: 4).



Revista *Comunicación y Cultura* n°. 2. Buenos Aires, mayo de 1974

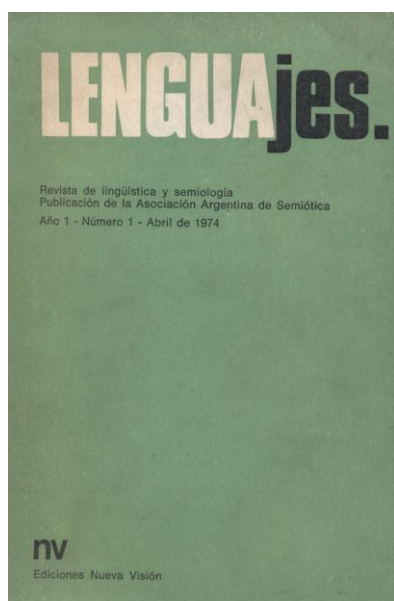


Revista *Comunicación y Cultura* n°. 3. Buenos Aires, 1975 (2° edición en México)

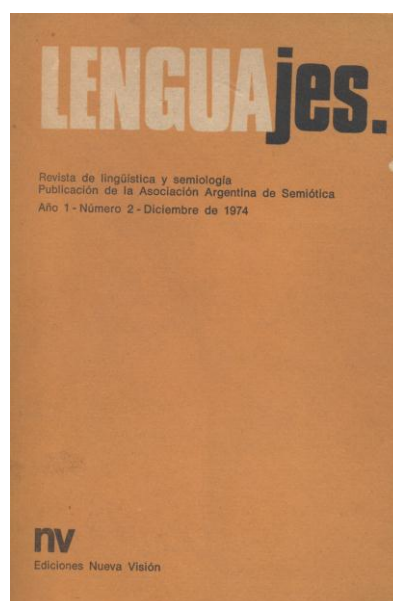
La idea de articular teoría y praxis estuvo presente en las discusiones, es decir, en la concepción de un intelectual latinoamericano inserto en procesos de liberación, un intelectual quien, partiendo de un diagnóstico de la realidad, pudiera intervenir en ella para transformarla. En ese sentido, se hacía foco en la preocupación por lo ideológico desde una mirada althusseriana, lo que permitía plantear la intencionalidad de los textos y constatar la existencia de aparatos ideológicos, medios de comunicación y escuela especialmente, a partir de los que la ideología dominante difundía sus intereses y valores. Poder develar estas operaciones, posibilitaría la liberación de condiciones de dependencia respecto del imperialismo, así como una lucha multifacética a favor de un proyecto de descolonización o bien, de inserción en procesos revolucionarios que se estaban gestando en América Latina.

Por su parte, *Lenguajes* surgió en abril de 1974 en Buenos Aires, como parte de la iniciativa de la Asociación Argentina de Semiótica. Su Comité Editorial estuvo conformado por Juan Carlos Indart, Oscar Steimberg, Oscar Traversa y Eliseo Verón. En ella se intentó recuperar el análisis del discurso, el psicoanálisis y se planteó la necesidad de abordar el problema de la dependencia cultural haciendo visibles y enfrentando las contradicciones de los países dependientes. Su primer editorial se propuso reconocer la especificidad histórica de los países del Tercer Mundo en su combate por la liberación. Partiendo de analizar la situación de dependencia de los países de esta órbita, planteó la producción de un conocimiento que hiciera posibles las contradicciones, pensando el vínculo entre los fenómenos culturales y otros aspectos de la sociedad. El final de este primer editorial postulaba el desarrollo de una estrategia específica dentro de una estrategia política general socialista. Esa especificidad consistía en la producción de un desarrollo teórico particular. Para la revista entonces, la estrategia socialista podía llevarse

adelante en el marco del desarrollo de una teoría de la producción de las significaciones. Para ello, consideraba que eran necesarias algunas premisas, tales como el rigor científico, la identificación de los condicionamientos propios del capitalismo en la producción de ese conocimiento, la necesidad de una tarea crítica político-ideológica y por último, planteaba como requisito, el “reconocimiento de la especificidad histórica de los países del Tercer Mundo en su combate por la liberación, especificidad que puede hacer posible, con el avance de las luchas populares, la emergencia de nuevas formas de Cultura” (*Lenguajes*, 04/74: 13).



Revista *Lenguajes* n°. 1. Abril 1974



Revista *Lenguajes* n°. 2. Diciembre 1974

La polémica entre *Lenguajes* y *Comunicación y Cultura* se inició en 1974 y se focalizó alrededor de la relación entre ciencia e ideología y el sentido de la investigación en comunicación y los procesos culturales. El punto de partida giró en torno a la publicación del libro *Para Leer al Pato Donald*, que editaron en 1972 Ariel Dorfman y Armand Mattelart. El libro había surgido de la iniciativa de trabajadores tipográficos que editaban historietas de Walt Disney, quienes se habían propuesto analizar aquello que se encontraba “detrás”. “oculto” en este tipo de textos. Por ello, Dorfman y Mattelart, que formaban parte del CEREN –Centro de Estudios de la Realidad Nacional, creado por la Universidad Católica de Chile- realizaron talleres cuyas conclusiones fueron publicadas en el libro, el cual produjo un importante impacto en su recepción tanto en Chile como en Argentina y fue clave en la denuncia del imperialismo y las operaciones ideológicas del emisor presentes en esta historieta. La discusión en Chile se centró en la forma en que el proceso de transformación chileno iniciado por el gobierno de Allende debía ser acompañado por un proceso de transformación y concientización en el plano cultural. De esta manera, el libro se propuso dilucidar la manera en que los medios, y en particular esta historieta, reproducían la ideología dominante, aceptándose acríticamente el mundo sin cambiar las estructuras. El texto fue concebido como un instrumento político que denunciaba la colonización cultural en América Latina en el marco de una lucha ideológica por imponer otra visión de mundo. En este aspecto, aparecía la crítica a la penetración de productos culturales transnacionales, y la forma en que aún las revistas infantiles no escapaban a la dominación que fundaba todas las relaciones sociales verticales en una sociedad (Dorfman y Mattelart, 1972).

Iniciando la polémica, en el primer número de *Lenguajes*, Paula Wajzman (1974) objetaba las tesis de *Para leer al Pato Donald* y enunciaba una serie de cuestionamientos al libro, argumentando que se trataba de un trabajo que partía de la asociación libre y no era más que un recorte arbitrario y un análisis azaroso. A partir de estos argumentos, Wajzman no cuestionaba el imperialismo, pero sí enfatizaba en los requerimientos de toda investigación crítica sobre la cultura masiva. En una cita al pie aclaraba que, debido al acontecer del golpe de Pinochet en Chile al momento de objetar el libro, la crítica al tipo de análisis de los medios masivos que emprendieron Dorfman y Mattelart –este último director de *Comunicación y Cultura*– no implicaba su extensión a la de la política cultural antiimperialista del Gobierno de la Unidad Popular: “Pensamos sí, que el tigre imperialista sigue teniendo una fortaleza que exige, más que nunca, ataques mejores dirigidos que los de la obra que analizamos. Por otra parte, coincidimos en pensar que ese tigre no es sólo de papel y requiere ser combatido con armas más contundentes” (Wajzman, 1974: 127).

No obstante esta aclaración, Wajzman cuestionaba sus afirmaciones contradictorias, su ausencia de rigurosidad desde el conocimiento, su incompreensión del mundo infantil y su ceguera ante el juego, el placer y el humor: “no podemos dejar de interrogarnos sobre la necesidad de denuncia de la penetración del imperialismo y sobre la posibilidad de hacerlo a través de investigaciones críticas sobre la cultura masiva, quizás sobre el Pato Donald mismo. Pero esto sería tema para otro artículo, ya que el libro de Dorfman y Mattelart es ajeno a esta problemática específica: allí la denuncia se engendra a sí misma y flota adherida a las hilachas de un fantasma” (Wajzman, 1974: 131).

Asimismo, en el mismo número de *Lenguajes* de abril de 1974, Eliseo Verón publicaba “El estructuralismo y la semiología en Argentina y Chile”. En sintonía con Paula Wajzman, Verón señalaba la necesidad de construir una teoría semiológica de las ideologías que superase el problema del método y advertía sobre el peligro de un discurso especulativo sobre la ideología. Para Verón, existía una contradicción objetiva entre las condiciones políticas y las condiciones de producción de conocimiento y planteaba así la necesidad de un método que permitiera superarla sin disfrazar de ciencia aquello que resultaba una práctica política. Luego de analizar la incorporación de la perspectiva estructuralista francesa y la semiología en Argentina y Chile durante las décadas de 1960 y 1970, Verón planteaba que se trataba de una apropiación práctica que permitía abordar la significación como proceso productivo. Sin embargo, advertía sobre una particular apropiación arbitraria que daba paso a un análisis ideológico sin rigor: “Uno de los métodos a través de los cuales opera más claramente la dominación cultural es estimulando la producción de discursos “puramente ideológicos” (en el sentido mencionado) en los que la “cultura nacional” no pasa de ser una fórmula en el lenguaje” (Verón, 1974: 114).

Tanto Paula Wajzman como Eliseo Verón, ambos desde *Lenguajes*, revelaban la preocupación por construir una ciencia que abordara el problema de la ideología y advertían sobre el riesgo de un discurso especulativo. De esta manera, polemizaban con los argumentos esgrimidos por Dorfman y Mattelart en su libro *Para leer al Pato Donald*. Si bien *Lenguajes* adoptaba una posición crítica respecto del imperialismo, concebía que el camino a seguir para la liberación de las condiciones de dependencia consistiría en la construcción de un conocimiento riguroso.

Como respuesta al planteo de *Lenguajes*, Héctor Schmucler (1975) publicaba en *Comunicación y Cultura* N° 4 su artículo “La investigación sobre comunicación masiva”, saliendo al cruce de estos planteos y rescatando el trabajo de Dorfman y Mattelart. Para Schmucler, lo que correspondía preguntarse fundamentalmente era acerca del sentido de

investigar. El método sólo podía pensarse en función del “para qué” de la investigación y producción de conocimiento. Por lo tanto, la práctica política era, para Schmucler, el punto de partida para producir conocimiento en las ciencias sociales. De esta manera, era imposible investigar prescindiendo de la circunstancia político-social en la cual ese conocimiento se estaba produciendo. El sentido de investigar consistía entonces en subordinar el método a un objetivo de investigación, el cual se insertaba en un proyecto de transformación de la realidad. Schmucler planteaba así, que Verón generaba una disyunción entre ciencia y política, obligando a elegir entre una y otra; mientras que Dorfman y Mattelart intentaban articular ambas dimensiones: “Porque si para los partidarios de la ciencia a-política, la práctica científica es la única condición de verdad y su marginación de la política es condición para ser proceso de conocimiento, Mattelart y Dorfman saben lo contrario: que la práctica política es condición de verdad para las ciencias sociales” (Schmucler, 1975: 7).

A su vez, Schmucler planteaba que el artículo de Paula Wajsman implicaba un riesgo de engaño que entrañaba la división antagónica entre ciencia e ideología: “Refugiada en la ciencia del psicoanálisis, la autora no tiene ojos ni oídos para la significación social de las producciones sociales”. (Schmucler, 1975: 10).

El artículo de Schmucler salía al cruce de la crítica al libro de Dorfman y Mattelart pero a su vez, dejaba planteadas otras cuestiones, tales como la imposibilidad de escindir conocimiento y praxis política. Era entonces la práctica política el punto de partida para producir conocimiento. De esta manera, el “para qué” de la investigación en comunicación masiva consistía en develar la estructura y funcionamiento con el fin de “volcarlos al servicio de un proyecto socio-político que en el caso de América Latina tiene como primer objetivo la liberación del imperialismo” (*Comunicación y Cultura*, Schmucler, 1975: 14). La necesidad de develar, “quitar el velo” a aquellos mensajes cotidianos que se nos presentaban como naturales era una de las principales tareas y desafíos para los intelectuales y trabajadores dedicados a la investigación en comunicación masiva. Sobre esta perspectiva centrada en el análisis ideológico de los mensajes de los medios masivos de comunicación, Schmucler diría retrospectivamente, veinte años después de escribir este artículo: “Barthes era el ejemplo concreto de la aplicación de un método, más que de un método, de un pensamiento que habla del texto en cuanto portador de ideología. Para nosotros, la semiología era un gran instrumento revolucionario. [...] Fíjense la impronta marxista de este pensamiento: así como el marxismo devela las relaciones sociales opacadas en el proceso productivo, así la semiología era el instrumento que permitía mostrar la ideología que el texto encerraba” (Schmucler, 1994: 08-09). La preocupación por los procesos ideológicos intentaba hacer evidentes los mecanismos de dominación presentes en la sociedad y que no podían ser visibles de la misma manera que los dispositivos represivos. Lo oculto intentaba así ser develado. En este sentido, la incorporación de Roland Barthes permitió el análisis ideológico de los textos a los fines de explicar de qué manera las desigualdades no sólo se encontraban presentes en el sistema productivo sino que ellas también eran inherentes al sistema simbólico y de significación.

Como planteaba la presentación del libro de Dorfman y Mattelart, la conquista del socialismo sería posible a partir de cortar las siete cabezas de un dragón que las regeneraba, siendo conscientes de que se trataba de un “dragón de papel”. La disputa por el espacio simbólico se hacía así evidente. Sin embargo, la discusión en este tipo de publicaciones y en el artículo en particular, no sólo implicó abordar la relación entre conocimiento y praxis con el fin de revelar de las operaciones ideológicas del emisor en el marco de una batalla ideológica. También dejaba sentadas las bases para discutir acerca del receptor y la posibilidad de construir una perspectiva

que lo contemplara. La nota de Schmucler ya planteaba tempranamente la necesidad de estudiar las condiciones de recepción de los mensajes para obtener datos reales sobre su significación, es decir, partir de la situación social y económica en la que ese mensaje circulaba. Desde esa mirada hacia el receptor desde una perspectiva situada e histórica, Mattelart revisaba retrospectivamente el impacto del libro *Para leer al Pato Donald* en una entrevista realizada en 1996. El libro, que llegó a ser censurado por el gobierno de Estados Unidos, fue concebido por Mattelart como un panfleto y un grito de rebelión: “En general, se dice que era algo del momento, que se analizaba la estructura y no tanto la recepción. Contra esos ataques, contra esas interpretaciones me revelo. [...] En cuanto a la genealogía de este “librito” puedo decirle que fue hecho en respuesta a un pedido de los obreros, de los trabajadores tipográficos de la imprenta gubernamental chilena que publicaba grandes cantidades de revistas y periódicos. Esta imprenta estatal, que el gobierno de la Unidad Popular había heredado del gobierno anterior Demócrata Cristiano, tenía que seguir publicando historietas. [...] Entonces, los obreros vinieron a buscarnos diciendo: ‘Es muy curioso, seguimos imprimiendo revistas que nos dan cachetazos; nos interesaría saber qué hay detrás de todo esto’. Y nos pusimos a trabajar con ellos. Habíamos comenzado a hacer talleres –y no solamente sobre Walt Disney- que intentaban propiciar una reflexión sobre estos productos que estaban, en definitiva, contra ellos. Esto implicaba ya un proceso de toma de conciencia. Por otra parte, estaban los estudiantes secundarios que habían hecho el mismo recorrido. Nuestra primera preocupación no fue sacar un libro sino discutir con ellos en talleres en torno a las muchas preguntas que se hacían sobre este tipo de productos culturales”. (Mattelart, 1996: 12-13).

Como hemos mencionado, en el marco del proceso chileno y como producto de su trabajo en el CEREN –Centro de Estudios de la Realidad Nacional- Dorfman y Mattelart se habían propuesto publicar los resultados de un análisis ideológico en el contexto de un taller destinado a trabajadores, es decir, realizado por los propios receptores de estos productos culturales. Durante este período histórico, se intentó describir la materialidad de los textos y plantear así la necesidad de incluir herramientas que permitieran develar la estructura ideológica presente en los mensajes a partir de la apropiación de Barthes y otros autores que permitieron abordar estas problemáticas¹¹. La crítica ideológica mostraba de un posicionamiento intelectual que partía de la existencia de una batalla cultural en la que era necesario denunciar no sólo el imperialismo económico sino la manera en que el mismo se encontraba presente en el plano simbólico. Tal como se planteaba, la idea de acción política teñía el material teórico que se utilizaba. Por eso Mao se volvía gramsciano, tal como diría Schmucler, cuando no se acomodaba a las expectativas prácticas y militantes. Y Althusser que en Francia era disputa académica, aquí se volvió acción política (Schmucler, 1994). El andamiaje teórico utilizado se vinculaba a una praxis política que le otorgaba sentido en el marco de una apropiación particular e histórica.

Las revistas analizadas funcionaron como antecedentes de las discusiones de sectores diversos de la izquierda intelectual. Si bien los debates fueron producto de las condiciones y problemáticas de su propia época, varios de sus interrogantes serían la antesala, los estudios preliminares y la tradición rescatada por las revistas *subterráneas* a partir del golpe de 1976 en Argentina. En particular, las publicaciones culturales que hemos analizado constituyen un

¹¹ Estas particulares apropiaciones, que retrospectivamente serían comprendidas como “incorporaciones prácticas” (homologadas a la idea de “militantes”), recuperaron varias perspectivas, aun aquellas que parecían incompatibles. Nos referimos al estructuralismo a través de la lectura de Roland Barthes y Louis Althusser. Pero también recuperaron las primeras lecturas de la Escuela de Frankfurt (Marcuse, Adorno y Horkheimer), de Antonio Gramsci, de Mao Tse Tung y de Paulo Freire -con su idea de comunicación opuesta a un paradigma informacional-.

antecedente por diversos aspectos, tales como haber entablado discusiones sobre el rol del intelectual y por haber otorgado preponderancia al análisis de la esfera del discurso. Por su parte, las revistas *subterráneas* surgieron en tiempos de dictadura e intentaron recuperar algunos tópicos de discusión de los años previos al golpe aunque de forma más metafórica o elíptica, tomando lo cultural y estético como punto de partida. Debido al contexto dictatorial, desarrollaron estrategias diversas de preservación, tales como ocultar datos postales, cambiar nombres, usar seudónimos así como recurrir a imágenes sin texto que podían leerse en clave de referencia al contexto represivo y de censura, entre otros elementos.

Incidencias del golpe

La política represiva del régimen dictatorial interrumpió los diferentes proyectos editoriales descriptos. En el caso de *Crisis*, su director Federico Vogelius fue secuestrado en 1977 y estuvo detenido hasta 1980. Otros de sus principales redactores, Eduardo Galeano, debió exiliarse en España. Varios de sus integrantes vivieron también persecuciones y su colaborador Haroldo Conti fue secuestrado y desaparecido en mayo de 1976. La dictadura incautó además los fondos de la revista. Hacia 1975, la revista experimentó algunos movimientos y luego del golpe, la política de persecución y censura incidió en su continuidad: “Poco después de julio de 1975 (cuando Gelman, amenazado políticamente debe abandonar la Argentina), las pugnas en el interior del movimiento peronista y una suerte de estallido de los debates existentes como consecuencia de la crisis política general se expresarán en *Crisis* como desgarramiento de la unidad primera. Vicente Zito Lema se incorpora como secretario de redacción en el número 35 – marzo de 1976- y Galeano se aleja. La lógica de la revista se modifica. A partir del golpe militar, el material por publicar debe ser aprobado por la Secretaría de Prensa de Jorge Rafael Videla. En el número 39 la revista publica una reseña de la visita que varios escritores: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Leonardo Castellani –quien participó de la visita para interesarse por el paradero de Haroldo Conti, un escritor desaparecido- realizaron al presidente de facto. De allí en adelante, y atravesada por las consecuencias del golpe de Estado, *Crisis* publicará tan solo unos pocos números más: en agosto de 1976 se edita la última revista” (Sondereguer, 2011: 25). Para Galeano, el cierre se debió a que habían descubierto que era mejor callarse antes que “hablar por la mitad”. Recién en postdictadura, la revista se reeditó en su segunda etapa. En su número 41 de 1986, el primero luego de la dictadura, rindió homenaje a sus periodistas, escritores y colaboradores desaparecidos: Paco Urondo, Rodolfo Walsh, Raymundo Gleyzer, Roberto Jorge Santoro y Haroldo Conti.

El mismo destino de persecución experimentó la revista *Los Libros*, que vivió el cierre a partir de la intervención de las fuerzas represivas. *Los Libros* funcionaba en una oficina perteneciente a la librería Galerna, fundada en 1967 por Guillermo Schavelzon. Las reuniones del grupo editorial de *Los Libros* se realizaban entonces en el segundo piso del edificio de la librería, situado en Tucumán al 1400 y la librería era auspiciante de *Los Libros*. Jorge Brega –junto a Manuel Amigo- se había sumado en los últimos números a la revista, luego de que sus directores Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, rompieron con Ricardo Piglia a raíz de la polémica suscitada acerca de cómo caracterizar el gobierno de Isabel Perón y qué actitud asumir frente a un gobierno en crisis que llevaba adelante una cruenta política represiva a través del accionar de la Triple A. De acuerdo al relato de Jorge Brega, la política editorial de *Los Libros* –en coherencia con la política del PCR, partido al que pertenecían Brega y Amigo- fue asumir una postura antigolpista, es decir, oponerse a un posible golpe, aunque siendo críticos del gobierno de Isabel Perón. La

discusión sobre cómo caracterizar aquel gobierno atravesó los debates de ese momento: “Mientras que para Piglia el gobierno de Isabel Perón con su política represiva, reaccionaria y antipopular favorece el golpe de Estado y los intereses del imperialismo norteamericano; para Altamirano y Sarlo, que reconocen que la represión del gobierno ‘debilita el frente antiyanqui’, la defensa del gobierno de Isabel es, sin embargo, la alternativa contra el golpe de estado y el expansionismo de lo que identifica con los dos imperialismos, el norteamericano y el soviético” (Somoza y Vinelli, 2011: 18).

El número 45 de *Los Libros*, que debía editarse en 1976, jamás logró ver la luz. Cuando estaban por imprimirlo, se produjo el golpe del 24 de marzo de 1976. Sólo salieron algunas notas de ese número en *Posta*, revista surgida en 1977 y dirigida por Jorge Brega y Manuel Amigo. Así, reeditaban –o sacaban a la luz por primera vez- una nota sobre la enseñanza de literatura en escuelas primarias de frontera denominada “Redacción en una escuela rural” y en segundo lugar, la crítica a una película de Kurosawa, “Dersú-Usala”, significativamente ambas dedicadas a distintos tipos de exilio.

Como señalamos, el golpe cambió el sentido de varias de las discusiones previas. A partir de ese momento, los integrantes de *Los Libros* decidieron “guardarse”, es decir, resguardarse y preservarse. Ya no se reunieron en la oficina de Schavelzon ni la utilizaron como redacción y se tomaron medidas de seguridad respecto de la revista a los fines de preservarse. De acuerdo al relato de Jorge Brega, de allí retiraron todas las pertenencias e información que pudiera perjudicarlos, quedando solo una máquina de escribir de Guillermo Schavelzon. En noviembre de 1976, se produjo un allanamiento por parte de las “fuerzas conjuntas”. Las fuerzas represivas habían detenido previamente a Bonano, quien participó en la dirección en los últimos números de la revista, quien fue secuestrado y estuvo un año preso. Luego vino el allanamiento. De acuerdo a la percepción de Brega, si bien no se tenía plena conciencia de todo lo que ocurría en esos primeros meses de dictadura, tenían claro que debían preservarse. Como muestra de ello, antes de entrar a la oficina de la revista, hablaban con el portero para ver si había correspondencia y luego subían por la escalera sin utilizar el ascensor. Otras veces, podían tomar el ascensor hasta uno o dos pisos más para luego descender por la escalera: “Yo me planteaba: si veo luz, sigo de largo y solo entro si está apagada la luz” (Entrevista a Jorge Brega). Así, con esos recaudos pudieron sacar la máquina de escribir de Schavelzon. Ese día de noviembre de 1976, Brega pasó por la puerta de la librería Galerna –ubicada en la planta baja del mismo edificio- y desde allí lo llamaron para que no entrara a la oficina de la revista ya que habían caído las “fuerzas conjuntas”. Habían llegado camiones, habían entrado en la oficina y se habían llevado todo el mobiliario que allí se encontraba. Los miembros de *Los Libros* nunca más volvieron al lugar.

Fue así como Brega y Amigo –ceranos aunque no de manera orgánica al PCR- decidieron editar la revista *Posta*, que más tarde recibiría el nombre de *Nudos*. Sarlo y Altamirano editaron un tiempo después la revista *Punto de Vista*, a partir de 1978.

En el caso de *Lenguajes*, surgida en 1975, se editó hasta 1980. Respecto de su finalización, sus editores analizaron que la revista había perdido su sentido inicial. Verón había planteado que las cosas se habían complicado para ese entonces. Otro colaborador, Jorge Barros Orellana, analizaba a propósito de los treinta años del surgimiento de la revista: “¿Por qué el número 4 fue el último en aparecer? [...] ¿Entonces? Entonces las cosas se complican. Mi impresión es que el tiempo de la fundación había concluido [...] El tono urgente y agrio del trabajo de parto del descubrimiento gira a la puesta en claro de las propias razones. Si esto es cierto, la parada enunciativa de *Lenguajes* había prescrito debido a sus propios méritos. Evidentemente pudo haberse reciclado. No se hizo y no lo reprocho” (Barros Orellana, 2004: 10).

Esta imposibilidad de reciclaje revela un espíritu inicial que se había transformado en un contexto en el que los problemas, debates e inquietudes habían sido reemplazados por otros.

Comunicación y Cultura también experimentó cambios. Surgida en 1973, el primer número de la revista había sido editado en Santiago de Chile hasta el golpe de Pinochet. Las circunstancias del golpe contra Salvador Allende obligaron a su edición en Buenos Aires, significativamente también por parte de editorial Galerna y hasta el golpe cívico-militar argentino del 24 de marzo de 1976. Esta circunstancia obligó a un nuevo exilio, publicándose los años siguientes hasta su último número en la Ciudad de México, donde se debieron exiliar también Héctor Schmucler y Sergio Caletti, quienes también conformaron la redacción de *Controversia*, una revista de intelectuales argentinos en el exilio mexicano.

Conclusiones

Al analizar algunas publicaciones culturales paradigmáticas del período previo al golpe del 24 de marzo de 1976, es posible observar un gran dinamismo de la crítica cultural y un momento de articulación particular entre cultura y política que se tradujo en la preocupación por la crítica ideológica y la denuncia del imperialismo cultural. Asimismo, resulta relevante identificar vínculos entre los proyectos editoriales de librerías y los proyectos de revistas, los que revelan la creación de redes y vínculos mancomunados entre diferentes producciones culturales.

Durante el gobierno de Isabel Perón, la violencia represiva desplegada por la Triple A y la amenaza de golpe institucional por parte de los militares se hicieron visibles. En el terreno de las revistas culturales, se produjeron una serie de discusiones y diferencias respecto de cómo caracterizar la situación política. En algunos casos como los descriptos, si bien se analizaba críticamente el gobierno de Isabel Perón, se advertía que lo que se acercaba significaría mayor represión.

La dictadura implicó transformaciones profundas y precipitó el agotamiento y finalización de varios proyectos editoriales. Aunque tales condiciones no implicaron que todo fue arrasado o destruido, sin embargo las experiencias analizadas experimentaron el impacto e incidencia de la censura y el poder represivo, debiendo dar fin a sus proyectos en la mayoría de los casos.

Crisis finalizó su edición en agosto de 1976. *Los Libros* vio interrumpida la puesta en circulación de su último número al producirse el allanamiento de su oficina. Aunque *Lenguajes* perduró un tiempo más, sus integrantes evaluaban su fin como consecuencia de que “las cosas se habían complicado” y su sentido inicial se había modificado. *Comunicación y Cultura* experimentó por su segunda vez el exilio. Editada primero en Santiago de Chile y luego en Buenos Aires, su redacción y varios de sus integrantes emigraron a la Ciudad de México, lugar donde la revista continuó publicándose hasta su último número. Sin embargo, una serie de nuevas publicaciones surgidas en el país y en el exilio en tiempos de dictadura, revelaba la necesidad de canalizar inquietudes y reverberar discusiones.

Contrariamente a la idea de que la dictadura había arrasado con todo, comenzaron a tomar forma en nuestro país un conjunto de revistas culturales de carácter menos masivo, que preservaron ciertas condiciones de producción y que, a pesar de estos factores, incidieron en la vida cultural de algunas ciudades. En este sentido, una diversidad heterogénea de publicaciones *subterráneas* surgió en los meses posteriores al golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976. Con menor visibilidad, hurgando en los límites, proponiendo temáticas “olvidadas” o censuradas por la cultura oficial del régimen, las revistas “subte” se gestaron a partir de la necesidad de

recuperar discusiones, formas expresivas y vínculos de solidaridad entre jóvenes que no encontraron la posibilidad de intervenir en otros espacios públicos. Su existencia y proliferación nos permite advertir la recuperación y apropiación –aunque a partir de otras formas- de algunos tópicos que habían estado presentes en los años previos al golpe, los que fueron resignificados en función de asumir el nuevo contexto.

Bibliografía

- Antuñano, Daniel 1977. “Redacción en una escuela rural” en *Posta* (Buenos Aires), n.º.1, pp. 8-9.
- Barros Orellana, Jorge 2004. “Recordando *Lenguajes*” en *Foul-Táctico* (Buenos Aires) número especial *Lenguajes*. Treinta años después, n.º. 8/9. Disponible en: www.foultactico.com.ar/sumario8-9.htm
- Collar, Ramón 1977. “Dersú-Uzala: el mito de la inocencia” en *Posta* (Buenos Aires), n.º. 1, pp. 16-17.
- Dorfman, Ariel y Mattelart, Armand 1972. *Para leer al Pato Donald* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- “Editorial” 1973 en *Comunicación y Cultura* (Santiago de Chile) n.º. 1, pp. 3-4.
- “Editorial: Medios masivos y política cultural. Teoría, estrategia, tácticas” 1974 en *Lenguajes* (Buenos Aires) n.º 1, pp. 7-13.
- Ford, Aníbal 1997. “Entrevista: Cultura, política y comunicación: entre la reconstrucción de lo popular y el análisis de las transformaciones globales” en *Causas y Azares* (Buenos Aires) n.º. 5, pp. 11-28.
- Gutiérrez Reto, Matías; Martínez Mendoza, Rolando y Petris, José Luis 2004. “Abril de 1974: Tel Quel en China; en Buenos Aires *Lenguajes*” en *Foul-Táctico* (Buenos Aires) número especial *Lenguajes*. Treinta años después, n.º. 8/9. Disponible en: www.foultactico.com.ar/sumario8-9.htm
- Mattelart, Armand 1996. “Intelectuales, comunicación y cultura: entre la gerencia global y la recuperación de la crítica” en *Causas y Azares* (Buenos Aires) n.º. 4, pp. 7-23.
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michèle 1997. *Historia de las teorías de la comunicación* (Buenos Aires: Paidós).
- Muraro, Heriberto 2014. “Contradicciones del concepto de manipulación” en *Neoliberalismo y comunicación de masa* (Buenos Aires: Eudeba).
- Muraro, Heriberto 1973. “La manija: quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina” en *Crisis* (Buenos Aires) n.º. 1, pp. 48-54.
- Sánchez Narvarte, Emiliano 2015. “La historia de los estudios de comunicación en debate” en *IMPRONTAS de la historia de la comunicación* (La Plata) n.º. 1. Disponible en: www.perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/improntas/article/view/2790.htm
- Sarlo, Beatriz 1997. “Entrevista: Entre la crítica política de la cultura y las políticas de la crítica” en *Causas y Azares* (Buenos Aires) n.º. 6, pp. 11-30.
- Sarlo Sabajanes, Beatriz 1972. “Los canales del GAN: Diez días de televisión” en *Los Libros* (Buenos Aires) n.º. 27, pp. 04-06.
- Schmucler, Héctor 1975. “La investigación sobre comunicación masiva” en *Comunicación y Cultura* (México DF) n.º 4, pp. 3-14.
- Schmucler, Héctor 1994. “Entrevista: Estudios de comunicación en América Latina. Del desarrollo a la recepción” en *Causas y Azares* (Buenos Aires) n.º. 1, pp. 5-24.
- Somoza, Patricia y Vinelli, Elena 2011. “Para una historia de *Los Libros*” en *Revista Los Libros* edición facsimilar (1969-1970). Tomo n.º. 1 (Buenos Aires: Biblioteca Nacional), pp. 9-19.

Sondereguer, María 2011. “Presentacion” en Revista *Crisis* (1973-1976) antología. Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario (Bernal: UNQUI), pp. 9-26.

Verón, Eliseo 1974. “Acerca de la producción social del conocimiento. El estructuralismo y la semiología en Argentina y Chile” en *Lenguajes* (Buenos Aires) n°. 1, pp. 96-125.

Wajsman, Paula 1974. “Una historia de fantasmas. A propósito del libro de Ariel Dorfman y Armand Mattelart *Para leer al Pato Donald*” en *Lenguajes* (Buenos Aires) n°. 1, pp. 127-131.

Entrevista realizada para el artículo

Brega, Jorge (*Los Libros y Posta/Nudos*) (agosto 2016).